

El pescador de esponjas  
Páginas autobiográficas

Panaït Istrati

Traducción de Ernesto de los Reyes  
Prólogo de Constantino Bértolo



LIBROS DE BALLENA

EDICIÓN

María Luisa Bagaces, María Sol Kliczkowski, Alejandro Rodríguez Peña, Ana Vela,  
Ariadna Viñas Lucas

DISEÑO Y COMPOSICIÓN

Desirée Rubio De Marzo

CORRECCIÓN

Laura Gastaldi

TÍTULO ORIGINAL: *Le pêcheur d'éponges*

PRIMERA EDICIÓN: París, Les Éditions Rieder, 1930

© DE LA TRADUCCIÓN: Ernesto de los Reyes, 1931-2011

Nos ha sido imposible localizar al derechohabiente de esta traducción; esperamos que esta publicación sirva para restablecer ese vínculo.

© DE LA EDICIÓN: Libros de la Ballena, 2011

Máster de Edición UAM-Versus: Taller de Libros

[www.librosdelaballena.com](http://www.librosdelaballena.com)

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid

Campus de Cantoblanco

Einstein, 1 - 28049 Madrid

© DE «EL ESCRITOR VAGABUNDO»: Constantino Bértolo, 2011

ISBN: 978-84-8344-197-8

Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

*Impreso en España*

## El escritor vagabundo Constantino Bértolo

«El tiempo acaba poniendo a cada uno en su lugar», dice un aforismo popular al que muchos en el mundo literario se acogen para pronosticar ya merecidos olvidos ya reconocimientos póstumos. Lo que el aforismo parece desconocer es que ese tiempo —literario en este caso— tiene también, como las palabras, sus dueños y gestores, y que estos tienen sus gustos, sus intereses estéticos, sus juicios y prejuicios literarios y desde ellos habilitan famas, posteridades y silencios. Durante años la literatura de Panaït Istrati (Brăila, 1884 - Bucarest, 1935) ha vivido en el olvido editorial y académico. Su momento de gloria, el período de entreguerras, parecía haberse extinguido sin apenas dejar huella ya no en el canon de la literatura occidental, sino en las historias de las literaturas al uso. Hace tres años una muestra de la narrativa de Istrati, de la mano de la editorial Pre-Textos, reapareció en las mesas de novedades con, hay que decirlo, más pena que gloria, y poca o nula atención de la crítica. Quizá el tiempo de Panaït Istrati al que se refiere

aquel aforismo inicial todavía no haya llegado, lo que, confieso, no me parece extraño porque su literatura se escapa —no entra, dirían otros— de unos parámetros literarios, hoy dominantes, en los que el estilo franco, directo, popular y vehemente propio de Istrati no goza de especial predicamento.

De ahí que haya que felicitar y congratularse por esta iniciativa editorial, arriesgada y poco complaciente con la *doxa* literaria, que pone de nuevo al alcance de los lectores una de las obras más válidas y significativas de la literatura europea del siglo xx. Publicar hoy a Istrati es todo un signo de valor y de rebeldía contra el gusto domesticado y hegemónico que llena de títulos predecibles las listas de libros más vendidos. Y ojalá esta publicación sea señal de que algo puede estar cambiando en unas aguas literarias donde sobreabundan envases de muy distintas marcas de agua mineral pero en las que resulta difícil encontrar la frescura y la transparencia de aquellas otras que brotan de un manantial, sin burbujas ni cartón, ajenas a cualquiera de las plantas embotelladoras que en el mundo editorial se encuentran. Editar hoy al rebelde Panaït es un gesto de rebeldía editorial inesperado y feliz.

A veces la literatura logra desasirse de las propias redes endogámicas que la iglesia literaria trenza con sus dogmas y anatemas y, saltando por encima de las trampas que la teoría literaria ofrece, se acerca a su última razón de ser: la vida, esa aventura donde el hombre y las palabras se encuentran o desencuentran, se ignoran o se reconocen. Ese es el caso de la literatura que el autor de *El*

*pescador de esponjas* elaboró con un estilo tan personal que no faltaron ni faltan quienes al referirse a su escritura hablan de carencia de estilo, olvidando que el término estilo hace referencia etimológica —punzón que deja huellas— a lo que la escritura de Istrati posee en extremo: la capacidad de penetrar hasta los tejidos más hondos y sensibles de la condición humana. Su escritura hiere y quizá por eso algunos sacerdotes de la diosa Literatura prefieran ignorarla. No faltan tampoco los que quieren hacer de sus obras simples reliquias de un momento literario que pertenece al pasado. Son los que encuentran en su abigarrada biografía motivo para resaltar la leyenda de un escritor autodidacta, dotado sin duda de vitalismo y férrea voluntad de superación pero que, carente de la debida formación como lector, se expresa con tosquedad y apenas cabe destacar en sus obras méritos estrictamente literarios. Una especie de milagro literario al que se condena con halagos paternalistas al tiempo que se le concede un lugar poco relevante en esa historia literaria que las elites escriben para su mayor honra y gloria. Valga como ejemplo lo que de él llegó a decir «su amigo» Victor Serge: «Escribía sin tener la menor idea de la gramática ni del estilo, pero como poeta nato, enamorado con toda su alma de varias cosas simples». Poeta nato, hay elogios que matan. Con amigos de este porte no hace falta que el enemigo te asalte. Hijo de una humilde campesina y de un padre contrabandista, criado en las orillas portuarias del bajo Danubio, Panaït Istrati conoció desde niño la cruda letra con que se conjuga la llamada igualdad de oportunidades y la extrema desesperanza que acecha al

hombre cuando su entorno social y político no cesa en su hostilidad hacia todo aquel que no se resigna a vivir en el redil que desde su nacimiento le es asignado.

No es de extrañar que la historia literaria de Panaït Istrati tenga su punto de arranque justamente en esa forma de asesinato social que conocemos con el nombre de suicidio. Una historia que Romain Rolland, Premio Nobel en 1915, autor de la saga narrativa del *Jean Cristhophe* y hoy otro de esos escritores olvidados, narró en el prólogo a la primera edición de *Kyra Kyralina*, el primer libro publicado por Panaït Istrati:

*En los primeros días de enero de 1921 me fue transmitida una carta del Hospital de Niza. Había sido encontrada sobre el cuerpo de un desesperado que acababa de cortarse la garganta. Se tenía poca esperanza de que sobreviviese a su herida. Yo la leí y fui impresionado por el tumulto del genio. Un viento ardiente sobre la llanura. Era la confesión de un nuevo Gorki de los países balcánicos. Se acertó a salvarlo. Yo quise conocerlo. Una correspondencia se anudó. Nos hicimos amigos.*

*Se llama Istrati. Nació en Brăila, en 1884, de un contrabandista griego a quien no conoció nunca, y de una campesina rumana, una admirable mujer que le consagró su vida. Malgrado su afecto por ella, la dejó a los doce años, empujado por un demonio de vagabundaje o más bien por la necesidad devorante de conocer y de amar. Veinte años de vida errante, de extraordinarias aventuras, de trabajos extenuantes, de andanzas y de penas, quemado por el sol, calado por la lluvia, sin albergue, acosado*

*por los guardias de noche, hambriento, enfermo, poseído de pasiones, presa de la miseria. Hace todos los oficios: mozo de bar, pastelero, cerrajero, mecánico, jornalero, cargador, pintor de carteles, periodista, fotógrafo. Se mezcla durante un tiempo a los movimientos revolucionarios. Recorre el Egipto, la Siria, Jaffa, Beyruth, Damasco y el Líbano, el Oriente, Grecia, Italia, frecuentemente sin un centavo, escondiéndose una vez en un barco, donde se le descubre en el camino y de donde se le arroja a la costa en la primera escala. Vive despojado de todo, pero almacena un mundo de recuerdos y engaña muchas veces su alma leyendo vorazmente, sobre todo a los maestros rusos y a los escritores de Occidente...*

En 1923, dos años después de aquel suicidio fallido, la publicación de *Kyra Kyralina* va a suponer todo un acontecimiento literario que habrá de verse confirmado con la exitosa aparición de sus libros siguientes: *Codine*, *Los relatos de Adrien Zograffi*, *El tío Ánghel*, *Los cardos del Baragán*. Pero no se trata de ningún milagro ni puede seriamente decirse que Istrati es un escritor que escribe «sin tener la menor idea de la gramática ni del estilo». De origen humilde, como el norteamericano Jack London o el marroquí Mohamed Chukri, con quienes su obra y vida mantienen relaciones singulares, cultiva la afición a la literatura muy tempranamente. Ya en 1907 publica sus primeros artículos y cuentos en la prensa de izquierdas rumana (entre ellos una historia titulada *Hotel Regina* cuyos ecos los lectores de este libro sabrán descubrir) y conoce y trata a muchos de los

escritores rumanos más inclinados hacia el socialismo revolucionario. Quien crea que Istrati es «un ingenuo» literariamente hablando se engaña. Con solo asomarse al inicio del primero de los relatos que esta edición de *El pescador de esponjas* recoge, cualquier lector despierto y libre de prejuicios podrá percibir los ecos cervantinos que en ese comienzo quijotesco se constatan: «En los alrededores de la Acrópolis había, hacia 1907, una calleja a las afueras de Atenas cuyo nombre no recuerdo en este momento. Puede ser que esta calle conserve su nombre de aquella época, o puede que haya cambiado, como también pueden haber desaparecido ambas cosas sin dejar rastro, porque calles y nombres son apenas menos efímeros que los hombres; esto, además, no tiene ninguna importancia para el caso». Y no es este el único eco cervantino que encontraremos en unos relatos en los que el uso del doble perspectivismo es frecuente, ni dejará de llamar la atención la presencia especular de la literatura de Gorki o Dostoievski. Que la aparente espontaneidad de su escritura es el resultado de una voluntad de estilo muy concreta no pasaría inadvertido para un crítico como el peruano Juan Carlos Mariátegui, sin duda uno de los intelectuales más estimables que la literatura y el pensamiento en lengua española han tenido, que afirma: «Yo no conozco en la literatura novísima una obra tan noble, tan humana, tan fuerte como la de Istrati. Este hombre nos acerca a veces al misterio. Pero es entonces cuando nos acerca también a la realidad. No hay sombras, no hay fantasmas, no hay duendes, no hay silencios ni mutis teatrales en sus novelas. Hay un soplo



de fatalidad y de tragedia que nace de la vida misma. El hombre, en estas novelas, cumple su destino. Pero su destino no tiene una trayectoria inexorable ordenada por los dioses. El hombre es responsable en parte de su vida. Istrati se rebela contra la justicia de los hombres. Y se rebela también contra la justicia de Dios. Su prosa tiene a veces acentos bíblicos. Con razón uno de sus críticos ha dicho que Istrati ha escrito de nuevo el libro de Job», al tiempo que ya parece advertir que su literatura rompe con cualquier entendimiento elitista y conservador del arte de las palabras: «En sus libros hay la menor dosis posible de literatura. Y esto no impide clasificarlos entre las más altas creaciones artísticas de su tiempo. Por el contrario, los coloca por encima de toda la manufactura decadente que, con un débil esmalte de novedad pretende pasar por arte nuevo». Como Jean Genet, como London, como Céline, Istrati es, para nuestra fortuna, un «maleducado» que no acepta cumplir con «los buenos modales» que los mayordomos literarios vigilan, y se niega a plegarse a «lo correcto», a lo cursi, a lo académico. Su expresión no está puesta al servicio de «la distinción cultivada» ni de «los problemas del alma» o de la vida interior con que la burguesía ilustrada ha venido deleitándose. Su literatura viene de la vida y nos devuelve a ella y si ese vaivén funciona es porque sabe utilizar con precisión y eficacia el lenguaje y el instrumental sintáctico que sus conocimientos literarios han puesto a su alcance. Para un lector español la lectura de sus historias no dejará de evocar la figura de nuestro Lázaro de Tormes y poco le costará entender que sus

obras parecen proseguir los pasos con que la picaresca anuncia el nacimiento de la novela como género de la modernidad.

Cinco son los relatos que componen el libro que Libros de la Ballena hoy nos ofrece. Cabe decir que ellos conforman una muestra significativa y absolutamente representativa del conjunto de su obra. Material sin duda arrancado de los avatares de una vida agitada, febril e inclasificable como fue la de su autor. Una vida llena de experiencias personales que transcurren en un paisaje humano, temporal y geográfico, ajeno evidentemente al que hoy vivimos sus lectores pero que —y esto es la magia de la literatura— su talento literario nos permite compartir. La narrativa, decía Adam Schaff, es la historia de un destino humano que se ve obligado a atravesar un tiempo, un espacio y una conciencia moral. «El destino no es otra cosa que nuestro corazón», escribe Istrati, y, en efecto, sus personajes, que tienen en la autobiográfica figura de Adrien Zograffi su referente y voz narrativa principal, son la historia de un corazón roto entre las ansias del vivir en libertad y las cadenas y condenas de un mundo que parece proponer todo lo contrario: «¿Para qué sirven tierras tan vastas y atractivas, para qué los inmensos anhelos de nuestro corazón si uno se ve obligado a dar vueltas toda la vida dentro del mismo kilómetro cuadrado?».

La narrativa de Panaït Istrati que en *El pescador de esponjas* está tan claramente representada contiene raíces que anuncian el existencialismo —«No hay nada comparable, para la salud del alma, a lanzarse así, confiadamente,

al abismo de lo desconocido, ese desconocido que nos llama con gritos irresistibles»; «La existencia nos llena para poder vaciarnos mejor»—, pero responde a una visión más existencial que existencialista, no faltando nunca, sea cual sea la radical dureza del vivir que se nos presente, la celebración del hecho de existir: «Traté de conservar el mayor tiempo posible aquel sentimiento de gratitud difusa hacia la vida, que me colmaba de alegrías; porque no hay dicha comparable a la que se arranca a la existencia a costa de riesgos y de esfuerzos crueles». En todos los relatos que aquí se nos ofrecen, apunta, con sutileza no exenta de contundencia, una mirada, más rebelde que revolucionaria, sobre las injusticias, la explotación y las tragedias que recaen sobre quienes solo son dueños de su fuerza de trabajo —«Como animales prisioneros, proseguimos nuestra tarea de gusanillos submarinos: sacar esponjas, respirar un poco, volver con las manos vacías y recibir golpes»; «Cerré los ojos para protegerlos del sol y, también, para no ver la crudeza de la vida. Ahora lo comprendía: aquel trabajo era un verdadero crimen. Matar para vivir. Morir para vivir»—, pero su visión del mundo se aparta de la propia de un realismo social plano o predecible. La filosofía que sus historias ponen de manifiesto se mueve en la contradicción y reúne conflictivamente la soledad y la solidaridad: «Soy eso: soledad y solidaridad»; la felicidad y la desgracia: «Si el hombre es demasiado feliz, se queda solo; y se queda solo también si es demasiado desgraciado»; la amistad y el egoísmo: «La amistad es algo muy raro, pero negarla sería negar la evidencia. Sin embargo, no es bueno creer que

hemos venido al mundo con un amigo pegado a la espina dorsal, igual que hemos nacido con pulmones, con unos pulmones propios, con los que respiramos. El esclavo de la amistad no sabe respirar más que con los pulmones de su dueña», y el heroísmo y la cobardía: «porque todo es heroísmo en la vida del hombre que afronta la vida con sus dos manos vacías por único capital y solo un corazón generoso para defenderse contra la quietud envilecedora», «El hombre es cobarde: cuando no es él el que aprecia la vida, es la vida la que le ha tomado aprecio a él, y ello parece cosa del mismo diablo». No podía ser menos porque, recordemos, si una narración es la historia de un personaje que atraviesa el paisaje de una conciencia moral, las figuras sobre las que Istrati enfoca su mirada de escritor se van a ver obligadas por su condición primigenia de «desposeídos» a moverse en los límites de una ética individual que poco tiene que ver con la moral establecida. Sin duda uno de los rasgos más originales de su escritura es el espacio singular, entre la picaresca y el lumpen, siempre en el filo de la degradación y el delito —«Le quité a mi madre los cien francos ahorrados que ella tenía», «Era profesor de atletismo en paro constante [...] y ratero de oficio»— que el hecho de vivir, de sobrevivir, otorga a los personajes. No se trata de acumular aventuras o anécdotas o paisajes sino de construir una dignidad propia en medio de la intemperie, la injusticia, el hambre o el dolor. Sin moraleja alguna pero con una profunda carga moral en la que ni la bondad ni el mal aparecen como construcciones dadas e inamovibles: «La bondad desmedida —decía— es más dañina que el egoísmo».

Pero si un fuerte eje temático estructura en nuestra opinión no solo los cinco relatos que en *El pescador de esponjas* se reúnen sino todo el conjunto de la obra de Istrati, habría que hablar de «la errancia», concepto nuclear y aglutinador sobre el que se asientan e interdialogan todas las historias. La errancia como ese andar de un sitio a otro sin tener asiento fijo. Y que su obra se «asiente» precisamente sobre esa ausencia de asiento fijo entiendo que define de manera expresiva y clara el mundo narrativo de un autor que, nuevo síntoma de esa movilidad vital y literaria, pasa de escribir sus primeros relatos en rumano para luego, y definitivamente, instalarse en el francés como lengua literaria. Panaït aparece así como un adelantado del «nomadismo» que la postmodernidad ha venido reivindicando como condición del hombre contemporáneo: global, sin raíces, apátrida, lábil, flexible, siempre en proceso de adaptación. La condición humana como condición que se encarna en el vagabundo y el vagabundo como núcleo de la literatura de Istrati: «El signo del vagabundo es totalmente contrario al que la Creación otorga a los demás mortales. En estos, parece que una ley misteriosa se encarga de desarrollar su instinto de conservación, hasta el punto de hacerlos renunciar a todo lo que sea contemplación de la existencia: no viven más que derrochando vida, dispuestos siempre a sacrificar el presente por el mañana», «Sotir exhalaba ese perfume de las alturas que emanan —como los grupos alegres que bajan de las montañas los domingos por la tarde— esa especie de hombres inestables que no conocen fronteras, para quienes la tierra entera es

su patria y a quienes el deseo de marchar y el de volver sirve de alimento».

El vagabundo ya no solo como condición material ni como metáfora ideológica, sino como una voluntad concreta de mantener la libertad como única identidad deseable. Un ideal que difícilmente casa con cualquier orden social por muy anarquista o revolucionario que se pretenda y que explica en parte el desencuentro de Istrati con la dura realidad de la Unión Soviética de finales de los años veinte pero también la incomodidad que incluso el éxito literario supuso a quien como él dijo sentirse antes hombre que escritor. No era esa la inmortalidad que Panaït buscaba y la frase final del relato con ese título lo deja bien claro: «¡Te dejo! ¡Adiós! Tu Haralambe busca la inmortalidad *después de la vida*. ¡No es esa la inmortalidad que yo busco!». Panaït Istrati no desea «instalarse» en la literatura. Ve en ella un instrumento para «dejar un rastro» para compartir experiencias y para dar a conocer la belleza —el poema— que a pesar de las apariencias crece en medio de los territorios sociales más desprotegidos y rechazados. Hacia 1927, en momentos en que sus obras eran traducidas a las lenguas más relevantes y su prestigio cruzaba fronteras, no dudaba en afirmar que: «Soy pobre y espero morir pobre, porque marchó en mi vida de hoy acompañado de la inmensa familia de los vagabundos encontrados en mis rutas. Estoy en la mitad de mi obra, tal como la he concebido durante mis largos años de vagabundo. Cuando haya doblado el cabo de esta jornada, dejaré la pluma, tornaré a los caminos de ayer y reviviré, con mis

compañeros recuperados, horas oscuras y alegres, exentas tal vez de las pesadas responsabilidades que me oprimen. Así, habré dado mi más bello ejemplo: liberarse de lo que se lleva en sí de mejor, sin hacer de esta liberación un hábito ni un oficio».

Su autoprofecía se cumplió a medias: moriría pobre. Pero no volvió a las rutas que la vida pone al alcance de los vagabundos, siguió escribiendo mientras se encontró con fuerzas para seguir dando a conocer ese mundo propio que solo él podía dar a conocer y en 1930 se publicó *El pescador de esponjas*, que muchos consideran como el mejor de sus libros. El tramo final de su vida no va a estar libre de pesares e incomprendiones y sus horas finales fueron más oscuras que alegres. En 1932 se casa con Margareta Izesco y trata de amoldarse a una vida sedentaria. Es entonces cuando la editorial donde publicaba entra en quiebra y cesa de pagarle sus derechos de autor. Sobrevive trabajando como lector para una editorial popular. Al poco enferma y el 16 de abril de 1935 fallece en Bucarest.